

BESTIARIO CLÁSICO: EL LAGARTO DE HERACLIDES

XAVERIO BALLESTER

Universidad de Valencia (Valencia)

De la Naturaleza y los Simulacros. Denuncia el Laercio en las vidorras de sus ilustrísimas la fallida argucia de Heraclides Pómpico. Pómpico, digo bien. Pactos. Pues, vista cercana la hora de rendir su alma a los dioses y su memoria a la humanidad, encargó a un discípulo que ocultara su orondo esqueleto y en el lecho situara un lagarto, cuanto más fiero, mejor. De la Previsión. Familiares y lugareños encontrarían, en vez de su ni aun así enjuto cadáver, una divina transfiguración. Metamorfosis de dudoso gusto pero, al fin y al cabo, metamorfosis divina. Además, original —aunque Camaleón, naturalmente, le acusaría de plagio— y no sin su sutileza.

Del Alma. Del Alma en Particular. Separada del ya inerte tronco, como el alma del cuerpo, la cola de la lagartija pervivirá por unos breves instantes de eternidad. Ociosa aclaración: la armonía de los términos de la metáfora, advertida ya por el maestro Aristóteles en su poetizar, exige una cola de lagartón para la hinchada corporeidad —y proporcionalmente henchida ánima— de Heraclides. Dije corporeidad.

Y los heracliotas en sólidas angarillas y en ceremoniosa pompa portaron el atocinado fiambre de Heraclides Pómpico —convenientemente ensabanado, pero sospechosa e inesperadamente liviano. Oyoy, oyoy, mas oyendo a las plañideras el yacente animalillo se lo pensó mejor y, escurriéndose de desde por entre los luctuosos lienzos, se apeó. El susto fue morrocotudo. El bicho la emprendió con los porteadores, deudos y allegados, niños y viejas, y acabó mordiendo el callo a la sobornada pitonisa que, poco ha, una corona de oro para Heraclides prescribiera como solo remedio para extirpar la hambruna de Heraclía gloriosa.

Después la bestia desapareció.

De la Conjetura. ¿Y del lagarto qué fue? Podemos columbrar lo siguiente: anduvo errante algún tiempo. Por la Britania cruzada, las Rusias bizantinas, la Catalonia feudal... En algún lugar hizo sus ceres de una áurea corona de guindillas bronceándose al sol, uno remedio para apaciguar el hambre de Heraclides glotón. Causas de las Enfermedades. De aquí le vino el consabido ardor de estómago y el consecuente llamear de sus encías. Y el animalucho engordó. Llegó a ser tan gordo

como su antiguo amo y alma nueva. Paradojas de aristotélicos: Heraclides quería convertirse en lagarto; al final, el lagarto se convirtió en Heraclides. No es improbable que incluso engordara aun un poco más —si es que esto era posible— hasta llegar a ser un auténtico dragón.

De la Fortaleza. Del Poder. Soluciones. Al final el saurio acabó en un lugar y nadie sabe cierto cómo. De los Nombres. Un villorio llamado Lydda Dióspolis Lod, y allí se produjo el obscuro incidente con una princesa. El Amoroso Involuntario. Lagarto, lagarto. De lo que Háyase en el Cielo. De lo que Háyase en el Infierno. Es entonces cuando aparece el hijo de la tierra, criatura celeste, para enfrentarse al engendrador del fuego, cría de los infiernos. Jorge y su caballo y Heraclides y su dragón. De Soluciones en las Controversias. Hay acuerdo en otorgar la victoria del caballero, pero en algunos detalles divergen los cronistas: Pisanello, Donatello, Van Eyck, Durero o Mantegna. Según Carpaccio, con su espada Jorge Santo cortó el cabezón al lagarto; según Nisart, de una lanzada lo atravesó.

De la Piedad.

